

ADORAR LA EUCARISTÍA DURANTE LA MISA¹

Una cosa es adorar la Eucaristía y otra distinta hacerlo durante la Misa. La Eucaristía contiene dos realidades sacramentalmente importantes pero distintas: primordialmente es la celebración sacramental del tránsito pascual del Señor; pero es también una realidad sacramental permanente y adorable, sacramento de la presencia de Cristo entre nosotros.

La celebración de la Eucaristía "la Misa" es el sacramento que, con sus gestos y fórmulas, simboliza y hace presente el sacrificio de la muerte y resurrección del Señor. Pero es el sacramento bajo cuyos signos hace presente la misma persona de Cristo, a quien por ser Dios se debe adorar.

Ambas realidades deben tenerse en cuenta y manifestarse en signos litúrgicos. Olvidarlas sería empobrecer el sacramento y salirse incluso del la fe cristiana y católica, pero también hay que vivirlas y manifestarlas como dos realidades distintas por su naturaleza e incluso importancia. Litúrgicamente entonces, estas dos realidades no deben confundirse ni entremezclar sus signos. La exposición del santísimo, la bendición de la custodia (o con el copón), las visitas a la Reserva, la genuflexión ante el sagrario, son signos del ámbito de la adoración a la presencia real del Señor. Los diversos gestos litúrgicos de la Misa no deben, en cambio, expresar la adoración la presencia sino ser signos de cómo la celebración del sacramento eucarístico simboliza y actualiza la acción pascual de Cristo que en su muerte y resurrección, su entrega en obediencia y humildad al Padre -a la Trinidad- como cabeza de la Iglesia e incluso de toda la Humanidad.

Durante la Misa más que adorar la presencia real, lo que hace la Iglesia es unirse a Cristo, que junto a la asamblea adora y glorifica a Dios. El gesto de elevar las especies Eucarísticas al final de la plegaria Eucarística y las palabras de la doxología que acompañan a esta elevación no son una adoración a la Eucaristía, "Por Cristo, con él y en él, a ti Padre todopoderoso, en la unidad del Espíritu Santo todo honor y toda gloria" no son un momento de adoración a Cristo, sino un gesto especialmente subrayado en el que la asamblea se une a Cristo, que como cabeza de la Iglesia, adora a la Padre, su Dios y nuestro Dios.

La reforma litúrgica en este ámbito de adoración a la Presencia eucarística del Señor durante la Misa ha sido muy equilibrada: no sólo ha prohibido la Misa ante el Santísimo expuesto, sino que ha limitado a tres las numerosas genuflexiones del celebrante y de los ministros durante la celebración (OGMR. n 274). El pan y el vino consagrado se han de tratar durante la Misa con sumo y expresivo respeto y reverencia, pero los gestos de adoración a la Eucaristía no conviene repetirlos, pues la Misa no es de por sí una adoración a la Eucaristía sino una acción en la que Cristo se une a su Iglesia adorando a la Trinidad. La misma manera de respetar el pan y el cáliz durante la doxología ha variado significativamente: antes se mostraba la hostia sobre el cáliz verticalmente para que los fieles la adoraran, ahora se eleva el pan horizontalmente sobre la patena como presentándolo a Dios en actitud de ofrenda.

¹ FARNES SCHERER, PEDRO, Calendario Litúrgico, Ed. Casals SA, Barcelona 2006